

D. ANASTASIO BUSTAMANTE.

(SEGUNDA EPOCA.)

EN Europa habia recorrido durante el destierro á que fué condenado en 1833, los principales Estados buscando instruirse y adquirir todas aquellas noticias que desea un viajero ilustrado; de preferencia visitó los establecimientos y campamentos militares, y asistió en Paris á las lecciones dadas en el Ateneo sobre diversas materias y á las que regenteaba el notable astrónomo Arago en el Observatorio. Recordando su primera profesion examinó escrupulosamente el gabinete anatómico de Montpellier y el de Viena. Llegó á hablar regularmente el frances aunque con acento defectuoso, pero sobre cualquiera materia sostenia conversacion sin embarazo alguno, y tanto por el buen juicio con que se espresaba como por saberse la posicion que habia ocupado en México, tuvo relaciones con distinguidos personajes y fácil acceso á sus casas. Profundo y verdadero sentimiento causaron en Bustamante los sucesos de San Jacinto, no obstante la lucha encarnizada que habia entre los partidos que acaudillaban él y Santa-Anna, lucha que suponía la existencia de envidia entre ambos; en Francia los mexicanos de diferentes opiniones, léjos de mostrar rencores, guardaban respeto notable hácia Bustamante, quien con amistosa solicitud atendía á las personas que el gobierno mexicano habia mandado á Paris para que perfeccionaran sus conocimientos militares, hasta que en 1836 volvió á su Patria llamado por el gobierno que habia reemplazado al de Santa-Anna. Desde luego comenzó Bustamante á palpar los tropiezos con que tenia que luchar su nueva administracion y que le indicaron cuán difícil era que pudiera sostenerse en el Poder los ocho años que fijaba la ley al Presidente.

Entonces estaba despedazado México por las facciones y gastado por los vicios, la ambicion, el lujo y la depravacion; tenia en su contra la mala voluntad de otros países, y se le presentaba un funesto porvenir, encontrando aniquiladas sus fuerzas, enervado su vigor y cegadas las fuentes de riqueza y bienestar. El gobierno carecia de crédito por falta de cumplimiento en sus compromisos y de prestigio en muchos de sus agentes que obraban con parcialidad y mala fé. Vuelto de su destierro Bustamante, ofreciendo sus servicios para combatir en la guerra de Tejas, parecian muy favorables á él todas las circunstancias políticas, puesto que dominaban los de su partido, y el Congreso le declaró Pre-

1 Véase la página 148.

sidente de la República por decreto de 17 de Abril de 1837. Al tomar posesion publicó segun costumbre, una proclama esplicando que habia abandonado el pacífico retiro de Europa tan solo por presentarse en los campos de Tejas á pedir satisfaccion de los ultrajes que México recibiera, pero que la falta de recursos habia puesto un obstáculo á sus intenciones, y que aceptaba el puesto de Presidente porque la Constitucion le prohibia rehusar, no obstante lo cual, en otra época habria hecho dimision del mando. Sentó el principio de que las opiniones políticas no constituyen delitos, aseguró que tomaria por norma de sus actos las luces del siglo, que se consagraria al bien del pueblo, fuente de todo poder, y ejerceria en todas ocasiones, impasible, la justicia, sin que en ello influieran recomendaciones ni amistades.

Todas estas protestas fueron recibidas con indiferencia por la Nacion que buscaba hechos y no teorías, y que si aclamaba á Bustamante era tan solo al recordar que en su época administrativa anterior habian aparecido algunas esperanzas de bienestar. Tales esperanzas pronto quedaron desvanecidas porque el Ministerio que formó representaba al partido de la aristocracia y de la intolerancia. Lebrija, el ministro de Hacienda, era incompetente para organizarla; Michelena, encargado del de la Guerra, no era conocido por los militares que jamás lo habian visto en sus filas ni aún para mandar una revista; Peña y Peña, encargado del Interior, fanático en religion y perteneciente al partido liberal moderado, habia ocupado notables empleos en la época colonial, y D. Luis G. Cuevas, para Relaciones, era considerado criatura de Alaman y por lo mismo se le rechazaba generalmente. Con tal Ministerio era imposible fomentar la esperanza de que la República saliera de la ruina en que estaba, y desde entonces todos los individuos que hasta esa época habian combatido como yorkinos ó escoceses, como liberales ó serviles, y como progresistas ó retrógrados, aparecieron divididos en dos grandes bandos: federalistas y centralistas, siendo éstos más fuertes en las capitales y en los Departamentos, donde el clero y el ejército tenían mayor influencia. Los federalistas ejercian su dominio en aquellos lugares donde el sistema caído habia creado multitud de intereses y aspiraciones que ahora se veian contrariadas, y fueron reforzados por algunos militares bastante conocidos en el ejército por su valor é inteligencia.

Este período del gobierno de Bustamante debe ser calificado ménos ventajosamente que el anterior, en cuanto á respetabilidad, crédito exterior y prosperidad pública, aunque de más favorable manera respecto á la legalidad en el ejercicio del Poder supremo y á la moderacion con que lo ejerció. La particularidad de haber sido dictada la Constitucion de las «Siete leyes» con objeto de poner trabas al gobierno discrecional de Santa-Anna, que se habia supuesto seria el presidente, hizo que Bustamante no pudiera marchar con ella, pues le imponía grandes restricciones aun para dirigir iniciativas al Congreso ó devolver con observaciones los decretos expedidos, y como caminaba vacilando con respecto á la política general, se le aumentaron las dificultades al faltarle la cooperacion uniforme de su partido. Bustamante tuvo, como gobernante, el gravísimo defecto de someterse completamente á la opinion de sus ministros, los cuales podian contar con una grande libertad de accion, que ese gefe creía tanto más necesaria cuanto que estaba exento de responsabilidad constitucional, que solamente podia exigirse á los secretarios del Despacho. Siempre temeroso de no acertar en los negocios más árduos, aparecía irresoluto, aunque no por eso dejaba de exponer sus juiciosas reflexiones y procurar que los negocios se discutieran con imparcialidad, imponiéndose de todo con detenimiento y discurriendo con precision:

Apenas se habia posesionado Bustamante del Poder cuando se sublevaron contra su administracion en San Luis y Rio Verde los coroneles Ugarte y Moctezuma, y aunque el movimiento quedó sofocado con la muerte del segundo de estos dos gefes, batido por D. Mariano Paredes, y la capitulacion del primero, hubo necesidad, para conseguir este resultado, de emplear las tropas de Guanajuato, Zacatecas y Jalisco y hacer pasar al centro una parte del ejército que estaba en Matamoros con destino á proseguir la guerra de Tejas. Varias sublevaciones siguieron en Nuevo-México, Sonora, Ixtlahuaca, Real del Monte y otros lugares, viéndose cada dia más amenazada la paz pública; no obstante que tales trastornos fueron sofocados, aparecian conatos revolucionarios en la capital, en Puebla, Guanajuato y otras poblaciones; tambien fomentaban los trastornos las representaciones que algunos cuerpos militares dirigieron á Bustamante pidiéndole el cambio de sistema. Esta vacilacion en defender determinado sistema, esa destruccion de hermanos por hermanos, era tanto más sensible cuanto que la guerra de Tejas estaba aplazada y Francia se mostraba amenazadora. La cuestion sobre recursos no habia tenido solucion, y faltándole á Bustamante dinero para cubrir las atenciones más indispensables, el malestar era general; todos los Estados carecian de erario, porque si bien al establecerse el centralismo se les dejó la mitad de sus rentas, diciéndoles que la otra mitad se destinaba á la guerra de Tejas, despues se les quitó la administracion de ellas y se les redujo á la nulidad. El gobierno de Bustamante apeló á establecer contribuciones directas, pero fueron tantas las gabelas, que obstruian las vías de adquisiciones legales, cegaban las fuentes de riqueza, destruian la industria y no dejaban sin gravar más capitales que los del clero y los agiotistas, viniendo desde entonces la popularidad que adquirió el pensamiento de que era necesario hipotecar los primeros para que pudiera subsistir la administracion, proyecto que hubiera sido salvador para el clero.

Otras cuestiones, como la de si habia un tribunal que pudiera juzgar á Santa-Anna por los sucesos de San Jacinto, y las que promovian los partidarios de la monarquía por medio de un periódico de Chihuahua, titulado «El Amante de la Paz,» tenían inquieto al país así como el asunto relativo al déficit de diez y ocho millones que apareció en el presupuesto calculado en veintiocho, excitándose aun más los ánimos por haber llegado el tiempo de la renovacion de Ayuntamientos; la libertad de imprenta dejó de existir al disponer la administracion de Bustamante que los tribunales y jueces procedieran con actividad contra los que abusaran de ella, suponiendo que seguian un camino subversivo. Esperándose una agresion por parte de algunas potencias sobre las costas de México, púsose especial cuidado en vigilar á los extranjeros y se activó la formacion de cuerpos activos. Tal era el estado político de México bajo la direccion de Bustamante y al comenzar el año de 1838, uno de los más funestos para México; en él se vió humillado el honor nacional al ondear en Ulúa el pabellon frances y ver pisado por tropas extranjeras durante algunas horas el recinto de Veracruz. Los mayores peligros venian por parte de Francia que habia estado en relaciones con México desde 1825; dos años despues habia quedado concluido un convenio á que se le dió el nombre de «Declaraciones provisionales,» fijándose las bases que habian de servir para formar más tarde el tratado entre ambas naciones, bases que no tuvieron fuerza legal aun despues de 1830, por haberles negado su aprobacion el Congreso general y por no haber sido publicadas en la forma acostumbrada, sin que esto fuera obstáculo para que los franceses residentes aquí continuaran disfrutando las mismas garantías que los súbditos de otras naciones que ya tenían tratados con México.

Habia quedado el convenio como olvidado; pero venidas ciertas reclamaciones á suscitar la cuestion, sostenia el gobierno frances que sus cláusulas tenían fuerza legal. Para cortar toda discusion acerca de tal materia, fué firmado un nuevo tratado en Octubre de 1832 y una convencion en 1834, pero aun cuatro años despues no habia podido concluirse el tratado definitivo, á causa de no prestarse el plenipotenciario frances á pasar por dos artículos, uno relativo á que los franceses contribuyeran á los préstamos forzosos, y otro en que quedaba reservada al Poder legislativo de la República la facultad de suspenderles el derecho que hasta entonces habian ejercido de hacer el comercio al menu-deo. Tambien existian varias reclamaciones que la legacion francesa habia ido acumulando acerca de indemnizaciones y reparaciones provenientes de saqueos, destruccion de propiedades y asesinatos de que habian sido víctimas en diversos tiempos los súbditos franceses; por los quebrantós que éstos habian sufrido á consecuencia de la ley sobre moneda de cobre y por varios fallos que el enviado frances consideraba injustos ó dados por jueces incompetentes. México siguió en este asunto el sistema de evasivas y dilatorias, sistema el más á propósito para causar males y debilitar las relaciones con Francia, hasta el grado de hacer imposible un arreglo sin la intervencion de las armas. El baron Deffaudis, que en 1838 era el ministro frances en México, usaba para con el gobierno de Bustamante un lenguaje cada dia más destemplado y amenazador y como no obtenia respuesta categórica porque el Ejecutivo le contestaba que no podia entrometerse en asuntos que eran del resorte de los tribunales y del Congreso, dejó á México y se embarcó en Veracruz el 16 de Enero de ese mismo año en el bergantin de guerra «Laperousse,» pero casualmente encontró cerca del puerto al bergantin «Laurier,» que conducia pliegos para él y regresó al fondeadero de Sacrificios en union de dicho buque.

Anticipadamente habia sido nombrado D. Máximo Garro ministro de México en Paris; pero nada conseguia contra los malos efectos que los informes de Deffaudis produjeron en el ánimo del monarca frances Luis Felipe, decidido á enviar fuerzas navales para bloquear las costas de México, cuyos buques comenzaron á llegar á los fondeaderos de Anton Lizardo y Sacrificios á principios de Marzo de 1838. Estos sucesos alarmaron con justicia al gobierno de Bustamante, quien expidió una proclama haciendo saber á los pueblos que el gobierno velaba por los intereses nacionales y que distaba tanto de comprometer la paz de la República, como de acceder á pretensiones injustas; á la vez dispuso que fuera castigado con toda severidad aquel que atentara contra los franceses residentes en el territorio mexicano y que vivian bajo la proteccion de las leyes y autoridades constituidas, ó contra otro extranjero cualquiera. Tales disposiciones tendian á conservar inmaculado en la lucha el honor nacional. Ningun efecto produjo esa conducta conciliatoria en el ánimo de Deffaudis, quien permaneció más de dos meses en el fondeadero de Sacrificios, y desde allí dirigió al gobierno de Bustamante una nota con el carácter de «ultimatum» usando de altivo y duro lenguaje: reclamó por los atentados que decia habian sido cometidos contra las personas y las propiedades francesas; echó en cara á nuestro gobierno el no hacer caso de la benevolencia de Francia y le reprochó que México estaba poco civilizado; pedia, entre otras cosas, que fueran entregados en Veracruz por el tesorero de la República seiscientos mil pesos en el término de quince dias, y que fueran castigados el general D. Gregorio Gomez, el coronel Pardo y el juez Tamayo por sentencia ilegal, atroz é inicua que habia dado; concluia perdonando á otros culpables en virtud de las facultades que le diera su gobierno, y con

amenazar que pasaria el asunto al comandante de las fuerzas navales en caso de que sus demandas no tuvieran un buen éxito.

En presencia de este documento ofensivo á la dignidad nacional, se vió colocada la Nacion en un grave conflicto, del cual no podia salir sin mengua de sus intereses ó de su honor, llegando el mal á ese punto más bien por la torpeza, imprevisión y mezquinas ideas de los hombres que estaban al frente de México, que por la arrogancia y cavilosidad del embajador frances. No eran, por cierto, de tan difícil solución las pretensiones de la Francia en 1837, pues sustancialmente se reducian á dos puntos: exhibición por parte del gobierno de una cantidad de dinero por indemnización á los súbditos franceses de diversos daños y perjuicios, y la seguridad de no exigir contribuciones extraordinarias ni prohibir el comercio al menudeo sin previa indemnización. Ambas exigencias pudieron haberse arreglado usando de la prudencia, lo primero por medio de una Junta mixta segun lo proponia Deffaudis, y lo otro dejando igualmente libre el comercio á los extranjeros que á los nacionales; y bueno habria sido que para ambos hubiesen desaparecido los préstamos forzosos, notoriamente contrarios á la justicia y á la conveniencia pública. Pero Bustamante consideró que era de grande importancia para la República el que se pudiera imponer préstamos forzosos á los extranjeros; además estaba herido el orgullo nacional por la reciente derrota de Tejas, así como por los folletos denigrantes que se publicaban en Francia acerca de México, por lo cual gran parte de la prensa y del pueblo instaban al gobierno de Bustamante para que se mostrara intransigente. Era sabido el desaire corrido por Luis Felipe al ministro Garro á quien negó audiencia, haciéndole esperar durante cincuenta dias, y que se hablaba con bastante desprecio en Francia acerca de los mexicanos como si se tratara de mamelucos, pero negándoles aún el valor marcial de éstos. Luis Felipe no consideraba á los mexicanos sino como á una horda de bandidos á quienes era necesario tratar peor que á los piratas de Argel; hallábase completamente extraviada la opinion respecto de nosotros en Francia, pues se habia formado por la lectura de las cartas escritas por Chevalier en 1835, y segun ellas no pasaba la República mexicana de una colonia plagada de asesinos, ladrones, cobardes, débiles é ignorantes.

Todo esto no significaba que el gobierno abandonase la prudencia y dejara de considerar desde mayor altura tanto error y tanta ignorancia de aquella nacion que se preciaba de civilizada; cediendo al torrente de la opinion nacional y tal vez inspirado en sus propias convicciones, se limitó Bustamante, de acuerdo con sus ministros, á presentar una iniciativa para que se le autorizara á tratar sobre indemnizaciones, cuya iniciativa durmió por largo tiempo en el Congreso. Su ministro de Relaciones, entretanto, ponía en duda el deber que tenia México de satisfacer tales indemnizaciones, otras veces invocaba las consideraciones á que es acreedora una nacion que está constituyéndose, y muchas más ocasiones hacia promesas siempre vagas, en las que claramente se traslucía la intencion de ganar tiempo, sin preveer que tal conducta tendria que orillar los asuntos á un extremo que debia evitarse. El gobierno de Bustamante pudo haber esquivado el rompimiento aun despues del «ultimatum» para evitar mayores perjuicios y males para México, no obstante que ya habria tenido que pasar por el sonrojo de tratar á la vista de una escuadra; pero faltando al gabinete y á Bustamante, en esta cuestion, cordura y acierto, como habia sucedido desde el principio de ella, fué confundido el orgullo con el honor; se olvidó que los hombres que se encuentran al frente de los destinos de un pueblo deben someter sus sentimientos á los consejos de la razon, y que cuan-

do no se trata de cuestiones de notoria justicia, ha de evitar un gobierno empeñar á la Nacion en una lucha de la que no se tiene esperanza de salir airoso, y debe elegir de los males el menor sin hacer caso de la crítica del vulgo que procede sin analizar ni estudiar los acontecimientos.

El ministro Cuevas rehusó, en una nota dirigida al encargado de negocios, Delisle, fechada el 30 de Marzo, tratar directamente con el baron Deffaudis y dijo que no lo podia hacer mientras las fuerzas navales francesas permanecieran en Veracruz. Esta resolución acabó de destruir las probabilidades de un avenimiento, y al efecto que causó vino á agregarse el que produjo la proclama expedida por el Presidente Bustamante exhortando á los mexicanos á unirse con el mismo espíritu de 1821, para la defensa del honor y la libertad de su Patria. En consecuencia el 16 de Abril declaró Mr. Bazoche, comandante de la escuadra francesa en el Golfo de México, que habian cesado las relaciones entre los dos países, dirigiendo un oficio al general D. Manuel Rincon; declaró bloqueados todos los puertos de la República, dejando á los pescadores el libre ejercicio de su industria, y aseguró que no á la Nacion sino al gobierno traia la guerra. La declaración del bloqueo puso en alarma y agitación á toda la República, principalmente á los puertos del Golfo que eran los que primeramente reportaban los males; no faltaron opiniones, las de los prohibicionistas, que consideraran el bloqueo como el mayor bien que pudiera hacernos el cielo.

De México, Puebla y Jalapa avanzaron las tropas para Veracruz, cuyo puerto fué el único formalmente bloqueado, habiendo algunos donde no se vió un solo buque enemigo desde Abril de 1838 hasta Marzo del siguiente año en que concluyó la disension entre Francia y México, y aun en el de Tampico entraron los pronunciados en relaciones amistosas con los franceses, como si les fuera indiferente la cuestion que se trataba. La bahía de Veracruz quedó en desconsoladora soledad apenas interrumpida por los paquetes ingleses que llegaban cada mes, no pudiendo eludir el bloqueo más que tres buques mercantes; los franceses obligaron á otros á ir á Nueva-Orleans para depositar la carga mientras duraba el bloqueo, y solamente las naves mexicanas eran detenidas y secuestradas. Bustamante autorizó ampliamente al comandante general de Veracruz D. Manuel Rincon, para que buscara recursos y gente con que hacer frente á los agresores, y entónces se quiso poner en práctica la ley de sorteo. Fueron dictadas por Rincon cuantas disposiciones creyó convenientes para poner en estado de defensa á Ulúa y Veracruz, puntos incapaces de resistir un serio ataque de fuerzas navales, segun manifestó el mismo general Rincon. Faltaba el parque; las fortificaciones de la ciudad estaban deterioradas y en varios puntos las habian cubierto los médanos; se hallaba desmontada la artillería y pocas cureñas habian quedado en pié, estando aún peor Ulúa cuyos cimientos habia destruido en muchas partes el mar y ni pabellon nacional habia para izarlo los dias que era preciso.

Tal era el estado de las fortalezas que iban á oponerse á fuerzas navales bien provistas y armadas, que tenian además la ventaja que da á la marina el pequeño blanco movedizo que ofrece y la certeza de aprovechar el tiro sobre un punto fijo y extenso. Rincon hizo pasar á Ulúa al batallon Matamoros y puso la fortaleza al mando del general de brigada graduado D. Antonio Gaona, coronel del mismo cuerpo; mandó reparar las fortificaciones y los montajes, puso en regular estado de defensa la artillería de plaza, situó destacamentos en las barras y á petición del gobierno de Bustamante tomó precauciones para que los franceses residentes en el Departamento fueran respetados, teniendo que dis-

traer una parte de las tropas destinadas á contener los desórdenes promovidos en Orizava contra extranjeros, mientras otra parte se ocupaba de escoltar conductas y reemplazos y custodiar al batallón de Tres-Villas compuesto de reclutas que desertaban á la menor oportunidad; por tal motivo quedaron en Ulúa y Veracruz solamente mil ciento sesenta y siete soldados de diferentes armas, de los que poco más de cien eran de artillería, y no pudo establecerse ni una batería en Mocambo para desalojar la escuadra del fondeadero de Sacrificios, aunque mucho debe atribuirse á que Rincon no era hombre de acudir á recursos extraordinarios, sino que se le habia de proporcionar todo lo necesario, y del gobierno solamente recibia ofertas ó contestaciones vagas. Sin embargo de la escasez de recursos puso en estado de guerra seis lanchas cañoneras que tomó en arrendamiento y preparó la defensa de la plaza, sujetando el éxito tan solo á los cálculos de la fria razon, sin dejar nada al entusiasmo que es la base del triunfo, y anunció al gobierno repetidas veces que en caso de ataque sucumbiria. Formó dos líneas de fortificación é hizo colocar destacamentos en Goatzacoaleos, Roca-Partida, Rio de Cañas, Agua-Dulce, Alvarado, Anton Lizardo, Boca del Rio, Antigua y Barra de Chachalacas; puso guarniciones en las de Tecolutla y Nautla, cuidando tambien los vaqueros de las haciendas los puntos respectivos de la playa, y situó al general D. Martín Cos en Tuxpam para atender al puerto y sus alrededores.

Entretanto, se aumentaba la escuadra bloqueadora con buques procedentes de la Habana y Martinica y todo indicaba que pronto serian atacadas Veracruz y Ulúa, creyéndose que el golpe caería sobre la primera de estas plazas, pues contaban los franceses con doscientos cincuenta cañones y dos mil artilleros. En Veracruz se formaron compañías por gremios, constituyendo un batallón que se denominó «Voluntarios de Veracruz,» llenos del entusiasmo que es característico en ese pueblo; contribuyó mucho á tal resultado la eficaz cooperacion del prefecto D. Francisco de Borja Garay. Tambien se alistaron los vecinos de las rancherías y pueblos inmediatos, y con esas fuerzas unidas á las de línea contaba el general Rincon, en Noviembre, con dos mil quinientos soldados; pero no teniendo fé en la defensa habia renunciado varias ocasiones y propuesto volar las fortificaciones en caso de ataque. Mientras Veracruz se preparaba á resistir á los invasores, se aumentaba la pobreza del gobierno, y se infiltraba el desaliento entre las tropas, llegando las escaseces del erario á tal extremo, que los gefes de la guarnicion de Veracruz dirigieron al general Rincon representaciones por escrito, haciéndole ver la crítica posicion en que se encontraban para socorrer á los soldados; el destacamento de Anton Lizardo abandonó el puesto por no haber recibido paga durante algunos dias, y en los hospitales faltaban camas, medicinas, y hasta los practicantes abandonaron sus puestos por falta de recursos, y no habia dinero para comprar el lienzo con que hacer los cartuchos de cañon ni para costear los blindajes en San Juan de Ulúa. Tal era la difícil situacion con que luchaba Bustamante, situacion que no habia previsto ó que habia querido afrontar, sin calcular las dificultades para obtener buen éxito.

Esta conducta trajo la pérdida del espíritu público reemplazado por refinado egoismo y criminal apatía; vió el pueblo sin conmoverse la destruccion de los cuerpos legislativos, la prostitucion del derecho electoral y la ruina de la Carta federal y las de los Estados; dejó sometida á la voluntad de los que gobernaban la libertad de imprenta y las garantías individuales sin disgustarse por la persecucion de beneméritos patriotas; enfermo de apatía el país, habíase apoderado del gobierno una reducida minoría, única que no estaba sumergida en el casi general letargo. Inaugurado el sistema central bajo los

tristes auspicios de la pérdida de Tejas, de la invasion francesa y de los ataques injustos de los Estados-Unidos, se presentó la miseria que podia ser considerada como consecuencia de las revoluciones pasadas, sintiéndose más aún el cúmulo de males que vinieron cortejando á ese sistema, al recordar que bajo el federal habian sido vencidas las legiones españolas acaudilladas por Barradas; que entonces el ejército y los empleados habian estado regularmente pagados y las clases todas de la sociedad disfrutaron de mediano bienestar. Llegó á tal grado el mal, que apareció un partido, felizmente incapaz de accion, que sostenia haber perdido México más bien que ganado con la independencia; las aspiraciones políticas se limitaron al estrecho círculo de mezquinas pasiones, y agonizaban las virtudes que dan vigor al cuerpo social. Bustamante conocia que la Constitucion de las «Siete leyes» era impracticable, puesto que el Consejo de gobierno era el primero que faltaba á ella, haciendo postular para gobernadores de San Luis Potosí, Puebla y Coahuila á individuos que carecian del requisito de ser naturales ó vecinos de tales Departamentos; y en el Código no encontraba el gobierno sino trabas y complicaciones, no obstante las cuales hicieron los centralistas un esfuerzo supremo para sostener el crédito de la Nacion: pagaron los dividendos de los fondos ingleses, haciendo subir el valor de los bonos para captarse la benevolencia de Inglaterra.

No eran las complicaciones de México solamente con Francia, los Estados-Unidos y España; tambien por el Sur el general guatemalteco Miguel Gutierrez invadia á Chiapas, arruinando á porcion de familias y creando más obstáculos á la administracion de Bustamante. En el interior crecia la inmoralidad que se apoderó de casi todos los que ocupaban empleos de hacienda, siendo los encargados de su vigilancia los primeros en defraudarla. En el Estado de Sinaloa imponia onerosas contribuciones el gefe Orrantia; D. Mariano Paredes renunciaba el gobierno de Jalisco, por falta de recursos; en Michoacan habia aparecido la revolucion por el sistema federal, así como en la Alta California, en Tepic, Arizpe, Ures y Hermosillo, iniciando estos pronunciamientos el general Urrea, comandante general de Sonora, quien ponía la precisa condicion de reconocer á Bustamante como presidente, pero con el sistema federal y la Constitucion de 1824. De tantas desgracias provinieron dos nuevos partidos políticos, uno que consideraba conveniente que México, ya cansado, se apoyara en la República de los Estados-Unidos, y el otro creia que el apoyo debia ser europeo; los unos ponderaban las libertades de esa República y los otros creyéndose ya dominados, hacian ver el orgullo y la mala fé de un pueblo que aspiraba á subyugarnos y no encontraban más medio para salvar la Independencia mexicana, que arrojarse en brazos de la Europa. Los pronunciamientos por el sistema federal siguieron: Gordiano Guzman saltó á la lid en Michoacan; Olarte en la sierra de Puebla y porcion de guerrillas infestaron los Departamentos de Veracruz, Puebla y México; en el Valle de Temascaltepec llegó á reunir fuerzas de consideracion el capitán José María Torres; Culiacan y Mazatlan secundaron el pronunciamiento de Urrea; complicóse la situacion por el despotismo de algunos comandantes militares, como el de S. Luis, Amador, quien por indicaciones de sus consejeros llevó á cabo inauditas tropelías, y no se guiaba más que por su voluntad torpe y apasionada; habia Departamentos donde no regian las «Siete leyes,» en otros causaba graves males la moneda de cobre, y en Tamaulipas se habia pronunciado Tampico por el sistema federal, haciendo los pronunciados causa comun con los franceses que bloqueaban el puerto.

En la capital trabajaban los federalistas por derrocar el sistema central con el cual

ni el mismo presidente parecia estar conforme, pues llegó á nombrar un gabinete de federalistas que no tuvo más que cuatro dias de existencia; pero como vacilaba Bustamante en variar la Constitucion, se atrajo la mala voluntad y la desconfianza de los dos partidos; negáronle las Cámaras autorizacion para contratar un empréstito de ocho millones de pesos, concediéndola al Banco creado para la amortizacion del cobre, para que contratara, hipotecando sus fondos, seis millones bajo las bases acordadas entre el mismo Banco y el gobierno, quitando á éste con tales disposiciones el poder moral de que tanto necesitaba. Esta era la situacion de la República mexicana cuando Francia bloqueaba sus costas, alejándose cada dia más la esperanza de un avenimiento. Ningun favorable resultado dieron las disposiciones de abrir nuevos puertos en las costas de la República, pues tan solo se obtuvieron cortos ingresos; y como los puertos de Veracruz y Tampico estaban cerrados, vino á ser desesperada la posicion del gobierno, que para allanar sus más urgentes obligaciones tuvo que recurrir á contratos que no bastaban á cubrir las exigencias y eran siempre ruinosos. Sin embargo de tanta dificultad, no desmayaba Bustamante; dió un decreto para aumentar el ejército hasta sesenta mil hombres, y procuró levantar el espíritu público haciendo trasladar á México las cenizas de Iturbide y celebrar con tal motivo solemnes fiestas.

Ni por parte del gobierno de México, ni por la de Francia se habia vuelto á tratar en varios meses de un arreglo; y ya Luis Felipe habia enviado al contra-almirante Charles Baudin con el carácter de ministro plenipotenciario cerca del gobierno de México, con orden de apoderarse de Ulúa y Veracruz si no obtenia un arreglo definitivo en corto tiempo. Llegado el contra-almirante frente á Veracruz el 27 de Octubre, 1838, en la fragata «Nereida,» pasaron á México dos porta-pliegos, Mr. Leray, comandante de la «Medea,» y el intérprete Mr. Blanchard. En los pliegos pedia Baudin al ministro de Relaciones, con el carácter de plenipotenciario, una contestacion acerca del «ultimatum» de Deffaudis; procuró probar que la residencia de las fuerzas navales en Veracruz no indicaba un acto de violencia y que la conducta observada con México habia sido la misma que con otras naciones; refutó el principio de que el gobierno no estaba obligado á indemnizaciones, é insistiendo en los mismos puntos que el ministro Deffaudis, protestó que los deseos de su gobierno eran terminar pacíficamente la cuestion. Este lenguaje moderado, despues de tantas amenazas, hizo suponer á la administracion de Bustamante que la Francia habia desistido de sus proyectos hostiles contra México, y el ministro Cuevas solicitó y obtuvo de Baudin una entrevista en Jalapa, pidiéndole que mientras tanto se suspendiera el bloqueo y no quedaran en Sacrificios fuerzas imponentes; pero Baudin se negó á esta última pretension. El resultado de las conferencias fué empeorar el asunto, porque el Sr. Cuevas, que fué quien concurrió á ellas, era un obstáculo para el arreglo á causa de que casi todo queria someterlo al arbitraje de la Gran-Bretaña, que el gobierno mexicano quedara libre en su derecho de imponer préstamos forzosos, de cuyo derecho no usaria; ofrecia pagar los seiscientos mil pesos de las indemnizaciones; declaraba que el gobierno mexicano resolveria lo relativo á asuntos de justicia, y solicitaba la admision de algunas otras bases que no fueron aceptadas por Baudin, quien no pasaba porque sufrieran cambio alguno sus pretensiones si no era en la parte ménos importante. Retirado á Veracruz el plenipotenciario frances, todavía cambió algunas notas con Cuevas sin que llegaran á convenirse, y ya no quedó más recurso que el de las armas.

Bustamante dió un manifiesto asegurando que estaba resuelto á pasar por toda clase

de inconvenientes y sacrificar su existencia, si fuera necesario, ántes que ver á su Patria vilependiada y abatida; que esta resolucion tomada de acuerdo y por unanimidad de votos en el Consejo y Ministerio, fué recibida con aplauso en las Cámaras y por el pueblo con entusiasmo, y recomendaba que no fueran molestados los extranjeros residentes en el territorio. Dijo que el gobierno habia probado todas las medidas conciliatorias que no se opusieran al honor nacional; pero que los comisionados franceses no cedieron ni un ápice de sus pretensiones, y que ya se habian puesto las costas en estado de defensa. Esta conducta de Bustamante, apoyando y robusteciendo la de Cuevas, prueba que no comprendia bien la situacion del país: no podia ignorar el estado que guardaban Veracruz y Ulúa y la miseria en que estaban las tropas, y dió á conocer que no obraba con prudencia al no acceder buenamente á lo que poco despues tendria que someterse por fuerza, con mayor ignominia para el gobierno y para la Nacion. Comenzaron los fuegos sobre Ulúa el 27 de Noviembre, batiéndolo cinco fragatas de primera clase, una corbeta, dos bombardas y un bergantin, despues de haberse colocado los franceses á su gusto habiéndoles dejado el general Gaona tomar puestos en direccion de los ángulos del castillo, ya porque se le habia mandado que no se rompiera primeramente el fuego por parte de México, ya porque consideró ese gefe inútil emplear artillería de poca fuerza que poco ó ningun daño haria á los buques enemigos.

Mas de ciento cincuenta cañones y morteros enemigos lanzaban balas y bombas sobre Ulúa, en tan grande cantidad que á las tres horas de fuego disminuia considerablemente los suyos el castillo y habian sido volados los repuestos de San Miguel y el Caballero Alto, cayendo de este punto al mar hasta los cañones; en ambos puntos se perdió la tropa que los cubria, la dotacion de artillería y gran cantidad de pólvora encartuchada. Varias obras fueron reducidas á escombros, casi todos los cañones desmontados y puestos fuera de combate gran número de artilleros; en consecuencia habia decaido el ánimo de las tropas que guarnecian la fortaleza, pues casi todas eran bizoñas. Entonces el general Gaona pidió suspension de hostilidades: se le contestó que se rindiera y á consecuencia de algunos informes dados por varios oficiales, entre ellos Santa-Anna, que habia salido de su hacienda de Manga de Clavo y presentándose en Veracruz al saber que Ulúa era atacado, fué facultado el comandante de la fortaleza para proceder ampliamente segun lo demandaran las circunstancias; en virtud de esa autorizacion se acordó en Junta de guerra, por unanimidad, que se hiciera la capitulacion, y pasando á bordo de la «Nereida» los coroneles Cela y Mendoza, ajustaron en 28 de Noviembre una que fué desde luego aprobada por Gaona y Baudin, segun la cual entregarían las tropas mexicanas el castillo inventariando la artillería y los pertrechos allí existentes; al ocuparlo los franceses fué izado en la fortaleza el pabellon de ellos y saludado con veintin cañonazos por todos los buques de la escuadra, y por la goleta inglesa «Satélite,» anclada en Sacrificios.

A consecuencia de este resultado fué firmado un tratado entre el contra-almirante y el general Rincon, suspendiéndose el bloqueo por ocho meses para procurar en ese plazo que tuviera un término definitivo la cuestion, comprometiéndose entonces el gefe frances á entregar á Ulúa con el material de guerra allí existente. Tal convenio habia sido hecho por Rincon de acuerdo con una Junta de guerra presidida por Santa-Anna; pero desaprobado por el gobierno fueron llamados á México los generales Gaona y Rincon y quedó Santa-Anna con el mando de la plaza y del Departamento. Grande sorpresa y sensacion produjeron en la República la pérdida de Ulúa y el convenio de Veracruz,

pues generalmente se creía aquella plaza inexpugnable, llegando á llamarla el «Gibraltar de América,» y se achacaba lo que habia pasado á traicion, impericia y falta de valor de los gefes que mandaban en ambas plazas. El gobierno de Bustamante, léjos de desanimarse, decretó que fuera aumentado el ejército y declaró solemnemente la guerra á Francia mandando salir del territorio á todos los franceses aquí residentes, exceptuándose los casados con mexicana y los físicamente imposibilitados; Bustamante desechó las proposiciones que le dirigiera Baudin en una nota, en la que se excusaba de hacerlo directamente y no por conducto del Sr. Cuevas

Habia quedándose en Veracruz una guarnicion de mil hombres solamente, segun el convenio que celebró Rincon; más apénas tomó Santa-Anna el mando pasó una nota á Mr. Baudin, diciéndole que el gobierno habia desaprobado el arreglo concluido por Rincon y que por lo mismo quedaba ya sin efecto. Aunque oponiéndose al parecer de la Junta de guerra que no creyó posible la defensa de Veracruz, formó Santa-Anna la firme resolucion de sostener la plaza á todo trance, y ya habia dado órdenes anticipadas al general Arista para que avanzara con sus fuerzas á marchas forzadas; en esa vez recibió el general Santa-Anna las gloriosas heridas que le volvieron el prestigio, rechazando á las tropas francesas, con las cuales iba el príncipe de Joinville; despues ofreció Baudin hacer un nuevo convenio. Sabido por el gobierno de Bustamante lo que habia pasado en Veracruz, segun un parte oficial que fué leído con avidez por toda clase de personas, se reanimaron las esperanzas casi muertas y le fué devuelta á Santa-Anna la popularidad perdida. Entonces, habiendo resuelto Bustamante ir personalmente á atacar al general Urrea que habia sublevado á Tamaulipas contra el sistema central, pidió al Congreso que le permitiera salir á batir á los sublevados; y como el presidente del Consejo no podia sustituirlo, por sus enfermedades, declaró el Poder Conservador, que era voluntad de la Nacion que Santa-Anna pasara á México para sustituir al Presidente que salia.

Pero llegado este general á la capital vaciló Bustamante en partir, lo que disgustó mucho al héroe de Veracruz que habia dejado sus comodidades y su casa por ir á México. Convencido al fin Bustamante por las reflexiones que le hizo el general Cortazar, marchó el 18 de Marzo de 1839 para Tampico; iba tan despacio que permaneció en la villa de Guadalupe hasta el dia 20; allí supo que el dia de su salida aprobaron los diputados los tratados de paz con Francia por veintisiete votos contra doce y que el Senado los secundó. Cuatro meses estuvo Bustamante en aquella campaña que fué muy tranquila, pues Urrea y Mejía despues de pretender organizar una expedicion que se apoderara de Veracruz, salieron de Tuxpam y ejecutaron el atrevido proyecto de marchar por la Sierra sobre Puebla y México que suponian desguarnecidas, mientras Bustamante estaba en el interior. Este general hacia sus marchas con lentitud, temeroso de que Urrea le atacara, cuando éste se hallaba á muchas leguas de él y sufría la famosa derrota de Acajete. Arista atacó y tomó á Tampico, de manera que Bustamante no hizo más que dar un paseo por Tamaulipas y regresar á México á mediados de Julio del mismo año, habiendo ocupado entretanto dos presidentes el Poder Ejecutivo, que parecia desechado por todos aquellos que lo habian ambicionado.

D. ANTONIO LOPEZ DE SANTA-ANNA.

(SEGUNDA EPOCA.)¹

PERDIDA completamente la popularidad de Santa-Anna en la guerra de Tejas, se retrajo á sus haciendas y tan solo un acontecimiento verdaderamente extraordinario como el asalto de los franceses á Veracruz y las heridas que recibió batiéndolos cuando se retiraban, pudieron restituirsela. Hecho cargo de la plaza le habia asegurado en una nota Baudin, gefe de la escuadra francesa, que tan solo atacaria la desgraciada ciudad en caso de que fueran molestados de alguna manera los franceses allí residentes. Santa-Anna se limitó á contestar verbalmente; se dirigió á los cuarteles para arengar á las tropas y en su casa, esquina de las Damas y el Coliseo, recibió al general Arista. Pasaron gran parte de la noche platicando de asuntos políticos, hasta que á las tres de la mañana fueron á acostarse. Baudin, léjos de hacer lo que habia anunciado, dió órdenes para que al amanecer del 5 de Diciembre atacaran sus tropas á Veracruz con objeto de inutilizar la artillería y hacer prisionero á Santa-Anna; pero éste, que habia despertado al estallar un petardo con que el príncipe de Joinville quiso derribar la puerta del muelle, supo pronto que los franceses habian entrado á la plaza asaltando por varias partes sin ser vistos á causa de la niebla, y en presencia de tan inesperado ataque decidió violentamente dirigirse á los cuarteles, se cubrió la cabeza con una gorra y tomando algunos soldados de los que estaban en la puerta de su casa y abrigándose en lo espeso de la neblina, atravesó la plaza de armas sin que le vieran los franceses que entraban á Palacio, y en cuyo poder cayó prisionero solamente Arista.

Santa-Anna se defendió en los cuarteles y como la intencion de los franceses no era sostener un ataque formal, sino destruir los medios de defensa con que contaba la plaza, se retiraron para reembarcarse por el muelle, cubriéndose con un cañon que allí situaron cargado con metralla. Apénas supo Santa-Anna que tenia lugar la retirada, cuando volvió á los cuarteles, pues se habia situado en el Matadero, fuera de la plaza, y tomando una columna de trescientos hombres se dirigió hácia el muelle, siguiendo el costado interior de la muralla; pero al presentarse en la puerta fué disparado el cañon que protegía el embarque y quedó herido en la pierna y mano izquierdas, y muerto el

¹ Véase la página 182.